

EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA  
EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN.  
CONSIDERACIONES SIGUIENDO LA ENSEÑANZA  
DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

*José Luis Illanes*

«Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que reptan sobre la tierra»<sup>1</sup>. Son las palabras con las que Dios bendijo a Adán y Eva inmediatamente después de su creación. Con ellas se despliega ante la humanidad un panorama en el que el hombre y la mujer están capacitados para enfrentarse con el tiempo y la historia, y con los acontecimientos que los jalonan, contando con una bendición divina que pone en sus manos dos fuerzas fundamentales: la capacidad de dominar el entorno que los rodea y la de transmitir la vida y, en consecuencia –uniendo ambas bendiciones–, la de construir el futuro, la de dar vida a un proceso de crecimiento y desarrollo.

El texto bíblico continúa narrando el pecado de Adán y Eva, que trajo consigo su expulsión del paraíso y el castigo. Dios, sin embargo, no anuló sus bendiciones primeras, sino que las mantuvo, aunque señalando que las dos realidades a las que esas bendiciones se referían –la transmisión de la vida y el dominio sobre la creación– iban a quedar a partir de ese momento marcadas por la dificultad y el dolor: «A la mujer le dijo: Multiplicaré los dolores de tus embarazos; con dolor darás a luz tus hijos; hacia tu marido tu instinto te empujará y él te dominará. Al hombre le dijo: (...) Maldita sea la tierra por tu causa. Con fatiga comerás de ella todos los días de tu vida. Con el sudor de tu frente comerás el pan»<sup>2</sup>.

En los Evangelios no hay ningún comentario detenido al conjunto de los pasajes del Génesis recién citados, aunque sí múltiples referencias, así como un elevado número de textos que se ocupan de las dos realidades allí mencionadas. Respecto al trabajo, cabe evocar las diversas alusiones a

1. Gn 1, 28.

2. Gn 3, 16-19.

las actividades laborales que aparecen en las parábolas<sup>3</sup>. Y, especialmente, el hecho de que Jesús trabajó durante los largos años de su vida en Nazaret, donde era conocido como el «artesano» y el «hijo del artesano»<sup>4</sup>. Recordemos también la intensidad de su dedicación a la misión recibida del Padre que hizo que en más de una ocasión se encontrara «fatigado por el camino»<sup>5</sup>, o el hecho de que, rendido por la tarea, se quedara dormido sobre el cabezal de una barca aunque arreciara la tempestad<sup>6</sup>. Se pueden, pues, aplicar también a este respecto y sin exageración alguna, las palabras que Cristo pronunció contestando a quienes le acusaban de curar en día de sábado: «mi Padre no deja de trabajar, y yo también trabajo»<sup>7</sup>.

Por lo que al matrimonio se refiere, son también numerosas las alusiones que se encuentran en las parábolas, en las que se evocan sea los festejos que acompañan a las celebraciones matrimoniales<sup>8</sup>, sea los dolores que pueden acompañar al parto y la subsiguiente alegría al comprobar que se ha transmitido la vida<sup>9</sup>. Más allá de las parábolas, hay que mencionar la presencia de Jesús en las bodas de Caná en las que realizó el primero de sus grandes milagros, con el que –detalle que ahora vale la pena subrayar– contribuyó al buen éxito de la fiesta<sup>10</sup>. Así como, y muy especialmente, las palabras con las que Jesús, aludiendo expresamente al Génesis, restablece la unidad e indisolubilidad del matrimonio primitivo<sup>11</sup>.

Las citas podrían aumentarse, especialmente si tuviéramos en cuenta no solo las narraciones evangélicas, sino la totalidad de los escritos neotestamentarios. Pero no parece necesario. Por lo demás el mensaje que trasmite el Nuevo Testamento no quedaría suficientemente reflejado a través de la simple recopilación de referencias en esa línea, ya que versa ante todo sobre el contexto salvífico en el que se sitúan las realidades a las que esas referencias remiten. En Cristo, en efecto, al revelárenos la meta hacia la que todo se encamina –la plena comunión con la divinidad–, se nos da a conocer con plenitud la fisonomía del plan divino, y por tanto se proyecta una luz nueva y definitiva sobre el conjunto del acontecer. Trabajo y transmisión de la vida no son solo fruto de una bendición divina

3. Ver, entre otros muchos textos y limitándonos al Evangelio según San Mateo: 13, 24-30; 13, 47-50; 18, 12-14; 20, 1-16; 21, 28-32; 24, 45-51, etc.

4. Mt 13, 55; Mc 6, 3.

5. Jn 4, 5.

6. Cfr. Mt 8, 24.

7. Jn 5, 17.

8. Cfr. por ejemplo, la parábola de las vírgenes prudentes y las necias: Mt 25, 1-13.

9. Jn 16, 21.

10. Cfr. Jn 2, 1-11.

11. Mt 19, 4-6 y Mc 10, 5-9.

que hace posible el desarrollo de la historia y de las civilizaciones, sino, a la vez e inseparablemente, realidades a través de las cuales se preparan la humanidad redimida y los nuevos cielos y la nueva tierra destinados a durar por toda la eternidad.

#### 1. LÍNEAS ESTRUCTURALES DE LA ENSEÑANZA DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER SOBRE EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

En los escritos de San Josemaría se encuentra una consideración audaz, formulada en ocasiones haciendo referencia a los pasajes del Génesis que citábamos al principio y en otras sin aludir explícitamente a ellos, pero con acentos que permiten considerar sus palabras, también en este último caso, como una relectura del texto genesiaco. Esa consideración es la siguiente: «Nos ha dado el Creador la inteligencia, que es como un chispazo del entendimiento divino, que nos permite –con la libre voluntad, otro don de Dios– conocer y amar; y ha puesto en nuestro cuerpo la posibilidad de engendrar, que es como una participación de su poder creador»<sup>12</sup>.

Entre las palabras del fundador del Opus Dei y los textos del Génesis hay diferencias, pero sobre todo coincidencias. En los pasajes bíblicos, se hace referencia directa al trabajo y a la procreación. San Josemaría habla, en cambio, de la inteligencia, que implica la capacidad de conocer y, por tanto, de captar las leyes por las que se rige la realidad y es, en consecuencia, presupuesto del trabajo, así como –coincidiendo aquí incluso verbalmente con el autor sagrado– de la transmisión de la vida. El Génesis remite a Dios, que bendice al hombre y a la mujer, otorgándoles, con esa bendición, la fuerza para dominar la naturaleza y para propagarse. San Josemaría, presuponiendo esas bendiciones, se fija en los dones que Dios ha otorgado, es decir en la capacidad que el hombre posee, para, a continuación, poner de manifiesto, de una parte, que se trata de una capacidad realmente otorgada, de una luz y de un poder, que inhieren en la naturaleza humana; y de otra, que se trata, en ambos casos, de un chispazo o de una participación en lo divino. El hombre es a imagen de Dios en el sentido pleno de la palabra, porque hay en él realidades, dones, que implican una participación en lo que es propio de Dios: el conocimiento, y con él la libertad y la capacidad de amar, y el poder de comunicar la vida.

12. *Es Cristo que pasa*, n. 24. No se trata de una consideración ocasional, sino hondamente meditada que aparece, de hecho, en otros escritos; ver, por ejemplo, *Camino*, n. 782, y *Amigos de Dios*, n. 179.

La consideración de ese chispazo del entendimiento divino, que nos permite conocer, y de esa participación en el poder creador, que hace posible transmitir y comunicar la vida, se sitúan por lo demás –continuamos refiriéndonos a la predicación de San Josemaría– en un horizonte específicamente cristiano. De ahí que los conciba en todo momento no como meras fuerzas, sino como potencialidades finalizadas, es decir, fuerzas que permiten caminar hacia una meta, que no es otra que la realización del designio divino que el Evangelio nos descubre. Dicho con otras palabras, fuerzas que permiten acoger la llamada que Dios dirige al hombre al manifestarle e invitarle a responder a ese amor con el propio, prolongando ese intercambio de amores con la entrega y el servicio a quienes le rodean. Fuerzas, en suma, que convierten al hombre y la mujer en protagonistas no solo de la historia de las civilizaciones, sino también de la historia de la salvación.

Siguiendo el texto del Génesis hemos venido hablando hasta ahora tanto de trabajo, como de transmisión de la vida. Pero, una vez esbozada esa perspectiva de conjunto, podemos –a fin de centrarnos en el tema al que queremos dedicar estas páginas– prescindir del trabajo<sup>13</sup>, para dirigir, en cambio, la atención hacia esa participación en el poder creador de Dios de la que depende la posibilidad de dar vida a nuevos seres.

Una vez dado este paso, una primera observación se impone. Precisamente porque esa participación en el poder creador de Dios que implica la potencia sexual es un poder realmente otorgado pero a la vez finalizado, alcanza su pleno sentido cuando se sitúa en el contexto de amor, de donación y de entrega que caracterizan todo el mensaje evangélico. Dicho con otras palabras, el hombre puede, ya que Dios no retira sus dones aunque se abuse de ellos, usar de su corporalidad apartándose del plan divino, pero por su propia naturaleza la sexualidad humana se ordena no a cualquier unión entre el varón y la mujer, sino a una unión coherente con la dignidad que uno y otra poseen en cuanto personas, y por tanto, en el contexto de una comunidad estable de vida y de amor, es decir, en el contexto del matrimonio y de la familia que de él procede<sup>14</sup>.

Ésta es, en efecto, la perspectiva desde la que San Josemaría aborda estas cuestiones, estructurando su enseñanza a partir de dos afirmaciones

13. Del trabajo hemos tenido por lo demás ocasión de ocuparnos, y ampliamente, en otros momentos. Remitamos especialmente a *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, 10.<sup>a</sup> ed. revisada y actualizada, Palabra, Madrid 2001 (la primera edición es de 1966), y a *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una teología del trabajo*, EUNSA, Pamplona 1997.

14. La expresión «comunidad de vida y amor» es una de las usadas por el Concilio Vaticano II para describir el matrimonio (cfr. Const. *Gaudium et spes*, n. 48).

fundamentales: la condición vocacional del matrimonio; la realidad de la familia como camino de santidad<sup>15</sup>.

### 1.1. *El matrimonio como vocación*

«¿Te ríes porque te digo que tienes “vocación matrimonial” –Pues la tienes: así, vocación. Encomiéndate a San Rafael, para que te conduzca castamente hasta el fin del camino, como a Tobías», escribe San Josemaría en un punto de *Camino* que refleja lo que fue su predicación ya desde los años treinta<sup>16</sup>. Años más tarde, en una de las entrevistas recogidas en *Conversaciones*, responde a una pregunta sobre los valores más importantes del matrimonio cristiano, aludiendo a su experiencia y, por tanto, a la *praxis* pastoral que está detrás del punto de *Camino*:

«Hablaré de algo que conozco bien, y que es experiencia sacerdotal mía, ya de muchos años y en muchos países. La mayor parte de los socios del Opus Dei viven en el estado matrimonial y, para ellos, el amor humano y los deberes conyugales son parte de la vocación divina. (...) Llevo casi cuarenta años predicando el sentido vocacional del matrimonio. ¡Qué ojos llenos de luz he visto más de una vez, cuando –creyendo, ellos y ellas, incompatibles en su vida la entrega a Dios y un amor humano

15. El texto más amplio, entre los hasta ahora publicados, dedicado por San Josemaría al matrimonio está constituido por la homilía «El matrimonio, vocación cristiana», recogido en *Es Cristo que pasa*, nn. 22-30. Un buen análisis teológico de esa homilía: Augusto SARMIENTO, «El matrimonio, vocación cristiana. A propósito de la homilía sobre el mismo título del Beato Josemaría Escrivá», en José Luis ILLANES (ed.), *El cristiano en el mundo: En el Centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá (1902-2002): XXIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 2003, 347-365. Sobre la doctrina de San Josemaría respecto a la sexualidad, a la transmisión de la vida, al matrimonio y a la familia, hay ya cierta bibliografía, a parte de la cual haremos referencia a lo largo de la exposición. Completando esta nota remitamos a algunos de los libros publicados: *Un mensaje siempre actual: Actas del Congreso Universitario del Cono Sur «Hacia el Centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá»*, Universidad Austral, Buenos Aires 2002; Antonio VÁZQUEZ, *Como las manos de Dios: matrimonio y familia en las enseñanzas de Josemaría Escrivá*, Palabra, Madrid 2002; Alfonso MÉNDIZ y Juan Ángel BRAGE (eds.), *Un amor siempre joven: enseñanzas de San Josemaría sobre la familia*, Palabra, Madrid 2003; Marta BRANCATISANO y Rosario PERIS (eds.), *Familia y culturas de la vida*, t. VII de las *Actas del «International Congress “La grandezza della vita quotidiana”*», Edizioni Università della Santa Croce, Roma 2003.

16. *Camino*, n. 27. Sin entrar ahora en la historia de este punto (ver al respecto las anotaciones incluidas en *Camino. Edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez, Rialp*, Madrid 2002), anotemos solo que el antecedente inmediato lo constituye un texto de 1935.

noble y limpio— me oían decir que el matrimonio es un camino divino en la tierra!»<sup>17</sup>.

Durante un largo periodo de tiempo la tradición teológico-espiritual había tendido, en efecto, a reservar la palabra «vocación» para la llamada al sacerdocio o a la vida religiosa o consagrada, lo que daba a entender que los demás cristianos no eran objeto de una llamada divina, aunque, como es lógico, tenían abiertas las puertas para la salvación, siempre que cumplieran con cuanto reclama la ley evangélica. El fundador del Opus Dei, entroncando con una parte, aunque minoritaria, de la tradición teológica y sobre todo con la doctrina y la terminología bíblicas, reaccionó contra ese modo de pensar, afirmando con nitidez que todo cristiano es objeto de una llamada divina. Y en consecuencia que puede y debe hablarse, con pleno sentido, de una vocación matrimonial<sup>18</sup>.

Ciertamente, desde una perspectiva psicológico-existencial, entre la percepción de la vocación al sacerdocio (limitémonos a este caso) y la de la vocación matrimonial hay, sin duda, diferencias. En el primer supuesto la llamada implica la advertencia de que Dios atrae hacia una misión determinada (la propia del sacerdote), diversa de aquélla a la que convoca al común de los cristianos y, por tanto, tendrá, como es obvio, connotaciones psicológicas distintivas. En el otro caso, es decir, respecto al matrimonio, la orientación hacia ese estado se producirá, de ordinario, a través de un proceso en el que se entremezclan factores afectivos y sociales, sin que se produzca, o al menos sin que tenga que producirse una especial conciencia de llamada<sup>19</sup>.

No es menos cierto, sin embargo, que Dios, con su providencia, alcanza a cada ser humano singular, de modo que es en el juego entre circunstancias históricas, gracia divina y libertad humana como se va configurando el destino de cada hombre y de cada mujer. Y, en concreto, como se desvela ante cada uno de ellos el camino a través del que Dios llama a alcanzar esa santidad y a realizar esa participación en la misión de

17. *Conversaciones*, n. 91. Entre otros testimonios sobre el impacto que producía esta predicación de San Josemaría, citemos el de uno de los primeros supernumerarios del Opus Dei, Tomás Alvira, recogido y comentado por Antonio VÁZQUEZ, *Tomás Alvira*, Palabra, Madrid 1997, 139.

18. Al exponer esta doctrina, San Josemaría procuró siempre dejar constancia de su valoración de la vida consagrada, así como de su reconocimiento de la excelencia del celibato *propter regnum coelorum*, por el reino de los cielos (Mt 19, 12); ver por ejemplo *Conversaciones*, n. 92.

19. Para un estudio teológico sobre el matrimonio como vocación ver Rafael DÍAZ-DORRONSORO, *La naturaleza vocacional del matrimonio cristiano a la luz de la teología del siglo XX*, Edizioni Università della Santa Croce, Roma 2004.

la Iglesia a la que está convocado todo cristiano. La llegada al matrimonio no es un mero dato histórico-sociológico, sino una realidad dotada de significación teológico-salvífica, es decir, de valor vocacional. En suma, «el matrimonio no es, para un cristiano, una simple institución social, ni mucho menos un remedio para las debilidades humanas: es una auténtica vocación sobrenatural»<sup>20</sup>.

Es por eso conveniente, mejor, necesario que «el sentido vocacional del matrimonio no falte nunca tanto en la catequesis y en la predicación, como en la conciencia de aquellos a quienes Dios quiera en ese camino», de modo que esas personas puedan vivir y actuar siendo conscientes de que, también en y través del matrimonio, «están real y verdaderamente llamados a incorporarse en los designios divinos para la salvación de todos los hombres»<sup>21</sup>.

### 1.2. *El matrimonio y la familia como camino de santidad*

De lo dicho brota una consecuencia clara: el matrimonio y la familia que de él nace están destinados a ser punto clave de referencia en orden a la plena edificación del existir cristiano de quienes son llamados por Dios a ese estado. «Admira la bondad de nuestro Padre Dios: ¿no te llena de gozo la certeza de que tu hogar, tu familia, tu país, que amas con locura, son materia de santidad?»<sup>22</sup>. Ese texto, y otros paralelos que citaremos más adelante, presuponen, en la predicación del fundador del Opus Dei, la realidad del sacramento del matrimonio, como fuente de gracias en orden a santificar la vida cristiana de quienes lo contraen. Pero son a la vez, como ha subrayado el actual Prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría<sup>23</sup>, prolongación o aplicación de uno de los puntos capitales del mensaje de San Josemaría: la reafirmación de la unidad de vida del cristiano. Es decir, la neta proclamación de que esas dos dimensiones capitales del existir cristiano que son la santidad y el apostolado, no están llamadas a realizarse paralelamente al vivir ordinario, sino asumiendo ese vivir e incorporándolo al dinamismo que procede de la gracia.

20. *Es Cristo que pasa*, n. 23.

21. *Es Cristo que pasa*, n. 30.

22. *Forja*, n. 689.

23. Javier ECHEVARRÍA, «La familia en las enseñanzas de San Josemaría Escrivá de Balaguer», conferencia de clausura del Congreso Internacional sobre «Familia y Sociedad» organizado por la Universitat Internacional de Catalunya y celebrado en Barcelona en mayo de 2008, Publicaciones de la Universitat Internacional de Catalunya, Barcelona 2008, 7-12.

Digámoslo con unas palabras del propio San Josemaría, tomadas de una homilía pronunciada en 1967:

«Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber *materializar* la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas. ¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésta es la que tiene que ser –en el alma y en el cuerpo– santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales»<sup>24</sup>.

Las aplicaciones de ese principio son, como resulta obvio, amplias y variadas, sea con referencia al conjunto de los ámbitos de la existencia humana, sea, más concretamente, a la vida matrimonial. A algunas de ellas nos referiremos en páginas sucesivas. Antes, sin embargo, conviene detenerse en una cuestión antropológico-teológica cuya importancia hace que no pueda ser ni dejada al margen, ni tampoco meramente aludida.

## 2. CORPORALIDAD, AFECTIVIDAD, AMOR

El enfrentamiento, durante los primeros siglos de la era cristiana, con el gnosticismo y el maniqueísmo, que propugnaban, aunque con matices diversos, una consideración negativa de la materia como realidad radicalmente opuesta al espíritu, facilitó que la teología cristiana reafirmara con fuerza, y ya desde el inicio, una de las consecuencias inmediatas de la encarnación: la valoración positiva de la corporalidad. Una interpretación extremada y unilateral de algunos textos de San Agustín sobre las consecuencias del desorden introducido en el espíritu humano por el pecado original, provocó, no obstante, que algunos autores desembocaran en una visión negativa de la sexualidad. El resultado fue que parte de la tradición teológico-espiritual acabó considerando que el uso de la potencia sexual y la pasionalidad que lo acompaña implicaban cierta pecaminosidad o, al menos, hacían difícil e incluso prácticamente imposible llegar a las cumbres de la vida espiritual. De ahí una *praxis* pastoral que llegó en algunos momentos a recomendar a los esposos cristianos

24. *Conversaciones*, n. 114.



abstenerse del uso del matrimonio en los días que precedían a la recepción de la Eucaristía, o, en términos más amplios, a dejar de proponerles horizontes especialmente elevados.

No es éste el momento de exponer los avatares de esa mentalidad, ni de la oposición y las críticas que suscitó, tanto en la época antigua como en la moderna. Si la hemos evocado es solo para subrayar que San Josemaría fue, desde de el primer momento, ajeno por entero a esa actitud. Víctor García Hoz, profesor de Pedagogía y uno de los primeros supernumerarios del Opus Dei, que se dirigía espiritualmente con San Josemaría desde la segunda mitad de los años treinta, recuerda que un día, estando él ya casado, siendo padre de una hija y con deseos de tener más descendencia, el fundador del Opus Dei dirigiéndose a él «utilizó una frase que entonces me llenó de asombro: *Dios te llama por caminos de contemplación*. Personalmente no me era desconocida una cierta terminología de la ascética y mística (...). Sin embargo, dicha y escuchada la palabra *contemplación* hablando de mi vida, la impresión que recibí fue verdaderamente fuerte. No se trataba de una expresión que había llenado la vida de muchos hombres santos que trataban a Dios con cierta familiaridad. No era un tema histórico, filosófico, literario, religioso, sino una *cuestión viva* y palpitante que yo había de hacer realidad»<sup>25</sup>.

En la raíz de ese modo de actuar de San Josemaría y de la convicción que lo sustentaba se encontraba, sin duda, el recuerdo de sus padres a los que había visto unidos por un hondo cariño humano y por una intensa vida de fe. Pero también, y sobre todo, la profundidad con la que, desde el 2 de octubre de 1928, Dios le había hecho comprender la realidad de una llamada a la santidad dirigida a personas de todo estado y condición. De ahí –de esa conciencia de la universalidad de la llamada a una plena comunión con Dios– brotan muchas de las enseñanzas del fundador del Opus Dei; entre ellas una honda percepción del poder santificador de la gracia y con ella la afirmación de una íntima conexión entre vida cristiana y existencia humana, también por lo que respecta a quienes están llamados por Dios a vivir en matrimonio.

«Tenemos que ser muy humanos; porque, de otro modo, tampoco podremos ser divinos», afirma en una de sus homilías, con frase que se prolonga con una referencia al amor humano –al amor entre esposo y esposa, entre padres e hijos, entre hermanos, entre amigos– como anticipo del amor divino. «El amor humano –escribe en efecto–, el amor de

25. Víctor GARCÍA HOZ, *Tras las huellas del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1997, 35-36.

aquí abajo en la tierra cuando es verdadero, nos ayuda a saborear el amor divino. Así entrevemos el amor con que gozaremos de Dios y el que mediará entre nosotros, allá en el cielo, cuando el Señor sea “todo en todas las cosas”<sup>26</sup>.

No es por eso extraño que en su predicación y en sus escritos encontremos múltiples manifestaciones de una decidida valoración y aprecio por la afectividad en toda la variada gama de sus manifestaciones, también por lo que se refiere a la afectividad entre marido y mujer. «El Señor santifica y bendice el amor del marido hacia la mujer y el de la mujer hacia el marido: ha dispuesto no solo la fusión de sus almas, sino la de sus cuerpos. Ningún cristiano, esté o no llamado a la vida matrimonial, puede desestimarla»<sup>27</sup>. El «amor humano no es algo permitido, tolerado, junto a las verdaderas actividades del espíritu, como podría insinuarse en los falsos espiritualismos (...). El amor, que conduce al matrimonio y a la familia, puede ser también un camino divino, vocacional, maravilloso, cauce para una completa dedicación a nuestro Dios»<sup>28</sup>. «En otros sacramentos, la materia es el pan, es el vino, es el agua... Aquí son vuestros cuerpos. (...) Yo veo al lecho conyugal como un altar: está allí la materia del sacramento»<sup>29</sup>. «Dios ha querido –reitera en homilía ya citada– servirse del amor conyugal, para traer nuevas criaturas al mundo y aumentar el cuerpo de su Iglesia. El sexo no es una realidad vergonzosa, sino una dádiva divina que se ordena limpiamente a la vida, al amor, a la fecundidad. Ése es el contexto, el trasfondo, en el que se sitúa la doctrina cristiana sobre la sexualidad»; «nuestra fe –añade completando el razonamiento– no desconoce nada de lo bello, de lo generoso, de lo genuinamente humano, que hay aquí abajo»<sup>30</sup>.

«Los esposos no han de tener miedo –puede pues concluir– a expresar el cariño: al contrario, porque esa inclinación es la base de su vida familiar»<sup>31</sup>. Y, en otra ocasión, «para que en el matrimonio se conserve la

26. *Es Cristo que pasa*, n. 166; la cita final es de 1 Co 15, 28.

27. *Es Cristo que pasa*, n. 24.

28. *Conversaciones*, n. 121.

29. Palabras pronunciadas en un encuentro con un numeroso y variado grupo de personas durante la visita que realizó a la Universidad de Navarra en 1967 (AGP, P 03, XII-1967, 73-74).

30. *Es Cristo que pasa*, n. 24.

31. *Es Cristo que pasa*, n. 25. Falta un estudio acabado sobre la doctrina de San Josemaría acerca de la sexualidad y del amor matrimonial, sobre lo dicho y cuanto sigue pueden no obstante consultarse Antonio VÁZQUEZ, *Como las manos de Dios. Matrimonio y familia en las enseñanzas de Josemaría Escrivá*, Palabra, Madrid 2002, 141-152, y Tomás MELENDO, «En la fragua del amor humano. Sobre algunas enseñanzas de San Josemaría en torno a la castidad conyugal», en *Un amor siempre joven*, cit., 81-97.

ilusión de los comienzos, la mujer debe tratar de conquistar a su marido cada día; y lo mismo habría que decir al marido con respecto a su mujer. El amor debe ser recuperado en cada nueva jornada»<sup>32</sup>. Las citas podrían multiplicarse, añadamos solo dos más, relacionadas entre sí, en las que San Josemaría resume su pensamiento con una de esas expresiones gráficas tan propias de su ingenio. La primera se encuentra en *Es Cristo que pasa*: «... el amor puro y limpio de los esposos es una realidad santa que yo, como sacerdote, bendigo con las dos manos»<sup>33</sup>. La segunda proviene de *Amigos de Dios*: «El amor humano, cuando es limpio, me produce un inmenso respeto, una veneración indecible. (...) Yo bendigo ese amor con las dos manos, y cuando me han preguntado que por qué digo *con las dos manos*, mi respuesta inmediata ha sido: ¡porque no tengo cuatro! ¡Bendito sea el amor humano!»<sup>34</sup>.

Benedicto XVI en la encíclica *Deus caritas est* se enfrenta con Nietzsche y las palabras que el pensador alemán había dirigido al cristianismo acusándole de negar las alegrías y goces de la vida. En ese contexto, el Romano Pontífice expone una comprensión no dialéctica sino sintética de la relación entre *eros* y *agape*, poniendo de manifiesto la legitimidad del *eros*, del deseo y de la alegría de vivir, y a la vez la necesidad –para que el deseo no desemboque en una degradación del ser humano– de que el *eros* se abra al *agape*, al amor en el sentido más profundo del vocablo, es decir, en un amor que implique valoración de la persona amada por lo que ella misma es (y no solo por el atractivo que ejerce sobre el amante) y que connote, en consecuencia, donación y entrega<sup>35</sup>.

San Josemaría Escrivá de Balaguer sigue, desde la perspectiva pastoral que le es propia, un itinerario muy similar, como manifiestan los textos recién citados. Su valoración de la afectividad, y más concretamente de la afectividad entre hombre y mujer, está situada en todo momento en conexión con el amor. Y con un amor que va más allá de una atracción pasajera, para desembocar en un verdadero amor de amistad, en el sentido aristotélico del término. Es decir, en un amor al otro en cuanto otro, considerándolo no como objeto sino como persona y, en consecuencia, como ser que debe ser amado y apreciado por él mismo. Más aún, con un amor que –estamos hablando del amor entre hombre y mujer– reclama

32. *Conversaciones*, n. 107. Sobre estos y otros consejos dados por San Josemaría en sus encuentros con matrimonios, ver Marta BRANCATISANO, «Claves antropológicas de unos consejos. El Beato Josemaría y el amor matrimonial», en *Familia y culturas de vida*, cit., 23-30.

33. *Es Cristo que pasa*, n. 24; la misma expresión en *Conversaciones*, n. 92.

34. *Amigos de Dios*, n. 184.

35. Cfr. BENEDICTO XVI, Enc. *Deus caritas est*, nn. 4-12.

una donación definitiva, capaz de trascender el paso del tiempo y que, por consiguiente, está unida a la fidelidad. En otras palabras, un amor que conduce al matrimonio, a la unión firme e indisoluble entre un varón y una mujer en orden a constituir una comunidad de vida y amor, según la expresión del Vaticano II más arriba citada.

De este planteamiento de fondo brotan numerosas consecuencias, que no es necesario ahora detallar. Limitémonos a dos. En primer lugar, la importancia que la virtud de la castidad tiene en toda existencia cristiana, también en la matrimonial.

La «autenticidad del amor —afirma en una de sus homilías— requiere fidelidad y rectitud en todas las relaciones matrimoniales. Dios, comenta Santo Tomás de Aquino, ha unido a las diversas funciones de la vida humana un placer, una satisfacción; ese placer y esa satisfacción son por tanto buenos. Pero si el hombre, invirtiendo el orden de las cosas, busca esa emoción como valor último, despreciando el bien y el fin al que debe estar ligada y ordenada, la pervierte y desnaturaliza, convirtiéndola en pecado, o en ocasión de pecado»<sup>36</sup>.

La virtud de la castidad es virtud que «mantiene la juventud del amor»<sup>37</sup>, ya que lo defiende frente a toda caída en el egoísmo o en la egolatría y, en consecuencia, lo avalora y lo acrisola<sup>38</sup>. Es ése el fundamento de la afirmación que encontrábamos en el texto ya citado —«con respecto a la castidad conyugal, aseguro a los esposos que no han de tener miedo a expresar el cariño: al contrario, porque esa inclinación es la base de su vida familiar»—, que ahora podemos completar mencionando las palabras

36. *Es Cristo que pasa*, n. 25; la referencia a Santo Tomás de Aquino remite a la *Summa theologiae* I-II, qq. 31 y 141.

37. *Es Cristo que pasa*, n. 25. Afirmaciones muy parecidas en los párrafos anteriores de esta homilía; de hecho los nn. 24 y 25 de *Es Cristo que pasa* deben ser leídos por entero.

38. A la castidad se ha referido San Josemaría en múltiples ocasiones; remitamos a algunas a modo de ejemplo: *Camino*, nn. 118-148 (para otras referencias ver el índice); la homilía «El matrimonio, vocación cristiana», en *Es Cristo que pasa*, especialmente nn. 24-25 (ver también n. 40); la homilía «Porque verán a Dios», en *Amigos de Dios*, nn. 175-189. Ni qué decir tiene que la castidad es virtud que debe vivir todo cristiano y, en general, todo ser humano que aspire a una vida recta, y no solo los unidos en matrimonio; anotemos a este respecto que San Josemaría prescinde de un modo de hablar, muy difundido en los tratados de teología moral, según el cual se distingue entre castidad perfecta, que es aquella que debe vivir quien se compromete al estado de celibato, y castidad matrimonial. La castidad, en cuanto virtud, debe ser siempre perfecta, aunque sean distintas sus manifestaciones empíricas y psicológicas. «Al recordaros ahora —escribe en una de las homilías recién aludidas— que el cristiano ha de guardar una castidad perfecta, me estoy refiriendo a todos: a los solteros, que han de atenerse a una completa continencia; y a los casados, que viven castamente cumpliendo las obligaciones propias de su estado» (*Amigos de Dios*, n. 177).

que vienen a continuación: «... lo que les pide el Señor es que se respeten mutuamente y que sean mutuamente leales, que obren con delicadeza, con naturalidad, con modestia. Les diré también que las relaciones conyugales son dignas cuando son prueba de verdadero amor y, por tanto, están abiertas a la fecundidad, a los hijos»<sup>39</sup>.

La conclusión del pasaje que acabamos de reproducir, nos sitúa ante la segunda de las consecuencias que el fundador del Opus Dei enuncia como rasgo distintivo del amor conyugal: la apertura a la transmisión de la vida. San Josemaría no desconoce que hay matrimonios que no podrán tener hijos: más aún, se refiere a ellos en diversas ocasiones para indicarles que no deben ver esa realidad como una maldición o un castigo, sino como señal de que Dios les impulsa «a hacer de su vida un servicio cristiano generoso, un apostolado diverso del que realizarían en sus hijos, pero igualmente maravilloso»<sup>40</sup>. Ni tampoco ignora que existan situaciones en que un matrimonio, potencialmente fecundo, puede considerar, con recta conciencia, que en un determinado momento no les pide Dios que tenga otro u otros hijos<sup>41</sup>.

A lo que se opone decidida y netamente es a la mentalidad y la *praxis* anticonceptivas, a la tendencia a «cegar las fuentes de la vida», por decirlo con frase que empleó frecuentemente<sup>42</sup>. Es decir, a poner en entredicho la ordenación de la sexualidad a la transmisión de la vida alejándose así del plan de Dios, tal y como lo expresan las bendiciones genesíacas con las que iniciábamos la exposición. Sus expresiones a este respecto son no solo decididas, sino especialmente fuertes. «Son criminales, anticristianas e infrahumanas, las teorías que hacen de la limitación de los nacimientos un ideal o un deber universal o simplemente general»<sup>43</sup>. Poco después, en ese mismo lugar señala que, «el verdadero amor mutuo trasciende la comunidad de marido y mujer, y se extiende a sus frutos naturales: los hijos. El egoísmo, por el contrario, acaba rebajando ese amor a la simple satisfacción del instinto y destruye la relación que une a padres e hijos»<sup>44</sup>.

39. *Es Cristo que pasa*, n. 25. Poco antes se había expresado en términos muy parecidos: «No hay amor humano neto, franco y alegre en el matrimonio si no se vive esa virtud de la castidad, que respeta el misterio de la sexualidad y lo ordena a la fecundidad y a la entrega» (Ibíd).

40. *Conversaciones*, n. 96.

41. Cfr. *Conversaciones*, nn. 94-95.

42. Se encuentra, entre otros lugares, en *Conversaciones*, n. 94.

43. *Conversaciones*, n. 94.

44. Ibíd.; estas consideraciones se prolongan en el número siguiente de *Conversaciones* y en otros lugares (por ejemplo, en *Es Cristo que pasa*, n. 25) con una amplia referencia a las consecuencias negativas de la mentalidad y la *praxis* anticonceptivas. Sobre la doctrina de

### 3. SANTIFICAR LA VIDA DE FAMILIA, SANTIFICARSE EN LA VIDA DE FAMILIA

El matrimonio como acto, la celebración de las bodas, es un inicio que da origen a un vínculo y a unas relaciones que se extienden y amplían con el decurso de la historia. Es decir, a la familia. Y es de la familia, y más concretamente del desarrollo de la vida de la familia, con la diversidad de personas que la integran<sup>45</sup>, con las incidencias y avatares que jalonan su historia, de la que el fundador del Opus Dei afirma, como veíamos al principio, que es camino de santidad.

Los esposos están llamados a santificar la vida en familia y, de esa forma –presupuesta la realidad de la gracia–, a santificarse a sí mismos y a contribuir a la santidad de los demás. «Los casados –leemos en *Es Cristo que pasa*– están llamados a santificar su matrimonio y a santificarse en esa unión; cometerían por eso un grave error, si edificaran su conducta espiritual a espaldas y al margen de su hogar. La vida familiar, las relaciones conyugales, el cuidado y la educación de los hijos, el esfuerzo por sacar económicamente adelante a la familia y por asegurarla y mejorarla, el trato con las otras personas que constituyen la comunidad social, todo eso son situaciones humanas y corrientes que los esposos cristianos deben sobrenaturalizar»<sup>46</sup>. Y en *Conversaciones*, sostiene que «el matrimonio está hecho para que los que lo contraen se santifiquen en él, y santifiquen a través de él: para eso los cónyuges tienen una gracia especial, que confiere el sacramento instituido por Jesucristo. Quien es llamado al estado matrimonial, encuentra en ese estado –con la gracia de Dios– todo lo necesario para ser santo, para identificarse cada día más con Jesucristo, y para llevar hacia el Señor a las personas con las que convive»<sup>47</sup>.

Los pasajes que acabamos de citar son en realidad –así lo señalábamos en páginas anteriores, citando a Mons. Javier Echevarría– una aplicación a la vida en familia de una doctrina que el fundador del Opus Dei reiteró constantemente pues constituye el núcleo de su mensaje: el

San Josemaría acerca de la paternidad y la maternidad como dones divinos ver, además de los textos ya citados, Javier ECHEVARRÍA, *Itinerarios de vida cristiana*, Planeta Barcelona 2001, 155-164; Montserrat RUTLLANT, «La fecundidad del amor conyugal», en *Un amor siempre joven*, cit. 99-111; Patricio MENA, «Matrimonio, procreación y sexualidad en las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer», en *Un mensaje siempre actual*, cit., 389-398.

45. La familia «se compone no solo del marido y de la mujer, sino también de los hijos y, en uno u otro grado, de los abuelos, de los otros parientes y de las empleadas del hogar. A todos ellos ha de llegar el calor entrañable, del que depende el ambiente familiar» (*Es Cristo que pasa*, n. 27).

46. *Es Cristo que pasa*, n. 23.

47. *Conversaciones*, n. 91.

ideal de la unidad de vida, con la consiguiente invitación a «santificar la vida ordinaria, santificarse en la vida ordinaria, santificar con la vida ordinaria»<sup>48</sup>. Podríamos, pues, glosar esas afirmaciones acudiendo a las amplias exposiciones de San Josemaría a ese respecto; nos limitaremos, sin embargo, a hacerlo acudiendo solo a algunos de los textos en los que se refiere expresamente a la vida familiar.

Comencemos reproduciendo una frase de San Josemaría especialmente sintética: «... santificar el hogar día a día, crear, con el cariño, un auténtico ambiente de familia: de eso se trata»<sup>49</sup>. Crear, y mantener, ese ambiente de familia, presupone, ante todo, como indica el texto que acabamos de citar, el cariño, el amor entre todos los miembros de la familia, y en primer lugar entre los esposos, que son el eje de la vida familiar. Un amor, un cariño, que estará presente en el acto constitutivo de la familia, en la celebración matrimonial, y que está llamado a crecer con el desarrollarse de la vida, con el afrontar situaciones nuevas, con el superar dificultades y el compartir alegrías.

«El secreto de la felicidad conyugal está en lo cotidiano, no en ensueños. Está en encontrar la alegría escondida que da la llegada al hogar; en el trato cariñoso con los hijos; en el trabajo de todos los días, en el que colabora la familia entera; en el buen humor ante las dificultades, que hay que afrontar con deportividad; en el aprovechamiento también de todos los adelantos que nos proporciona la civilización, para hacer la casa agradable, la vida más sencilla, la formación más eficaz»<sup>50</sup>.

«No olvides que el Dolor es la piedra de toque del Amor», había escrito en *Camino*<sup>51</sup>. En la homilía que dedica al matrimonio retoma, incluso con las mismas palabras, ese pensamiento:

«Durante nuestro caminar terreno, el dolor es la piedra de toque del amor». «En el estado matrimonial –prosigue–, considerando las cosas de una manera descriptiva, podríamos afirmar que hay anverso y reverso. De una parte, la alegría de saberse queridos, la ilusión por edificar y sacar adelante un hogar, el amor conyugal, el consuelo de ver crecer a los hijos. De otra, dolores y contrariedades, el transcurso del tiempo que consume los cuerpos y amenaza con agriar los caracteres, la aparente monotonía de los días aparentemente siempre iguales»<sup>52</sup>.

48. Ver, entre otros muchos textos donde aparece esa tríada, *Es Cristo que pasa*, nn. 14-15 y *Conversaciones*, nn. 113-114.

49. *Es Cristo que pasa*, n. 23.

50. *Conversaciones*, n. 91.

51. *Camino*, n. 439.

52. *Es Cristo que pasa*, n. 24.

Esa descripción, en la que se alternan realidades de signo diverso, constituye el trampolín para volver a la afirmación inicial, es decir, a la proclamación de la fuerza de un amor que es capaz de reafirmarse en la experiencia del dolor, o sea, y dicho en términos más amplios, de vencer todo lo que, real o aparentemente, podría oponérsele. «Tendría un pobre concepto del matrimonio y del cariño humano –afirma en la homilía sobre el matrimonio– quien pensara que, al tropezar con esas dificultades, el amor y el contento se acaban. Precisamente entonces, cuando los sentimientos que animaban a aquellas criaturas revelan su verdadera naturaleza, la donación y la ternura se arraigan y se manifiestan como un afecto auténtico y hondo, más poderoso que la muerte»<sup>53</sup>. Y en *Conversaciones*, casi con las mismas palabras: «Pobre concepto tiene del matrimonio –que es un sacramento, un ideal y una vocación–, el que piensa que el amor se acaba cuando empiezan las penas y los contratiempos, que la vida lleva siempre consigo. Es entonces cuando el cariño se enreca. Las torrenteras de las penas y de las contrariedades no son capaces de anegar el verdadero amor»<sup>54</sup>.

Esa perseverancia –mejor, ese crecimiento– en el amor connota el atractivo y el afecto iniciales, tal y como se expresaron en el constituirse del matrimonio, pero también, e inseparablemente, la virtud, o, para ser más precisos, todo ese conjunto de virtudes, que llevan a ser fieles al amor primero, reafirmando y radicándolo cada vez más hondamente en el corazón, y, como lógica prolongación, a abrirse con generosidad a la transmisión de la vida, a la dedicación a la formación y educación de los hijos<sup>55</sup> y a las múltiples ocasiones de servir y de manifestar el cariño que ofrece cada jornada.

53. *Ibid.*; las palabras finales son una cita de Ct 8, 6, al que San Josemaría remite expresamente.

54. *Conversaciones*, n. 91; el texto culmina con una nueva referencia al Cantar de los Cantares: «Como dice la Escritura, *aquae multae* –las muchas dificultades, físicas y morales– *non potuerunt extinguere caritatem* (Ct 8, 7), no podrán apagar el cariño».

55. La dedicación a la formación y educación de los hijos ocupa un lugar muy importante en la predicación de San Josemaría dirigida a quienes están unidos en matrimonio. El tema, cuya amplitud y trascendencia conviene subrayar, excede el presente escrito; podemos, pues, limitarnos a citar unos párrafos especialmente significativos: «Los padres son los principales educadores de sus hijos, tanto en lo humano como en lo sobrenatural, y han de sentir la responsabilidad de esa misión, que exige de ellos comprensión, prudencia, saber enseñar y, sobre todo, saber querer»; «Los padres educan fundamentalmente con su conducta. Lo que los hijos y las hijas buscan en su padre o en su madre no son solo unos conocimientos más amplios que los suyos o unos consejos más o menos acertados, sino algo de mayor categoría: un testimonio del valor y del sentido de la vida encarnado en una existencia concreta, confirmado en las diversas circunstancias y situaciones que se suceden



Ese conjunto de virtudes está formado por una amplia gama de virtudes humanas—la prudencia, la sinceridad, la humildad, la laboriosidad, la alegría...<sup>56</sup>—, completadas e impulsadas por las teologales, que orientando hacia Dios la totalidad de la existencia, hacen posible que reverbere en ella el sentido cristiano de la vida.

«La fe y la esperanza se han de manifestar en el sosiego con que se enfocan los problemas, pequeños o grandes, que en todos los hogares ocurren, en la ilusión con que se persevera en el cumplimiento del propio deber. La caridad lo llenará así todo, y llevará a compartir las alegrías y los posibles sinsabores; a saber sonreír, olvidándose de las propias preocupaciones para atender a los demás; a escuchar al otro cónyuge o a los hijos, mostrándoles que de verdad se les quiere y comprende; a pasar por alto menudos roces sin importancia que el egoísmo podría convertir en montañas; a poner un gran amor en los pequeños servicios de que está compuesta la convivencia diaria»<sup>57</sup>.

En suma, la santificación de la vida en familia presupone, y a la vez impulsa, la totalidad de las dimensiones del existir cristiano, y en consecuencia desemboca en la santificación de quienes la constituyen. Y esto hasta llegar, si se es fiel a la gracia, a ese pleno desarrollo de la experiencia espiritual que suele designarse como vida contemplativa, es decir, vida vivida con conciencia de la cercanía de Dios y con el deseo de corresponder al amor divino con un amor que se manifieste en un trato filial con Dios y en un amor a los demás que cuaje en obras concretas de servicio<sup>58</sup>.

a lo largo de los años» (*Es Cristo que pasa*, nn. 27 y 28). A la educación de los hijos hay referencias en los libros y artículos ya citados en las notas 15, 23 y 31; pueden verse además Miguel DOLZ, «Una pedagogía de la fe en familia: A propósito de algunas enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer», *Romana* 32 (2001), 114-127; José María BARRIO, «Amistad y exigencia en la educación de los hijos», en *Un amor siempre joven*, cit., 263-277; Robert ESSAN, «Vie familiale et education des enfants», en François KOMOIN (ed.), *Actes du Colloque «Le travail, chemin de sainteté»: centenaire de Josemaría Escrivá fondateur de l'Opus Dei*, Abidjan 2002, 124-126; Virginia MONAGLE, «The Role of the Family in Promoting Education», en Francisca R. QUIROGA (ed.), *Trabajo y educación*, Edizioni Università della Santa Croce, Roma 2003, 41-49; Teresa A. TOMORY, Education and family: insights and applications, en Elmar J. KREMER y Teresa A. TOMORY (ed.), *Passionately Loving the World: The Message of Saint Josemaría Escrivá*, Legas, Ottawa 2004, 117-126.

56. Son las que, a modo de ejemplo, enumera San Josemaría: *Es Cristo que pasa*, n. 23.

57. *Es Cristo que pasa*, n. 23.

58. Sobre «la vida contemplativa en medio del mundo» según la expresión que le gustaba emplear al fundador del Opus Dei, pueden consultarse Manuel BELDA, «Contemplativos en medio del mundo», *Romana* 14 (1998) 326 ss., y José Luis ILLANES, *La santificación del trabajo*, cit., 117-146, y *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, EUNSA, Pamplona 2003, 301-331. En referencia concreta a la vida de

## 4. HOGARES LUMINOSOS Y ALEGRES

San Josemaría tuvo una honda conciencia de la importancia de las instituciones en orden a la configuración de la sociedad y, desde una perspectiva cristiana, a la continuidad y desarrollo de la acción apostólica. De hecho, animó con frecuencia a aquellos a quienes trataba a que, en uso de su libertad y responsabilidad personales, dieran vida, solos o en unión con otras personas, a muy variadas iniciativas sociales, culturales, educativas, etc. Lo que, en el contexto concreto del matrimonio y la familia, le llevaba a hablar de colegios, de centros de orientación familiar o de atención a hombres y mujeres en situaciones de dificultad, de clubs que contribuyeran a la formación de la juventud...

Sus palabras fueron escuchadas: el elenco de iniciativas que, de modo directo o indirecto, son deudoras a su impulso es amplísimo. Sin embargo, aunque San Josemaría advirtiera –como acabamos de decir– la importancia decisiva de las instituciones y de las obras, colocó siempre el acento en la persona y, como consecuencia –por lo que a la labor apostólica se refiere–, en el apostolado que, basado en el ejemplo y en el testimonio, está llamado a realizar todo cristiano entre sus compañeros, colegas, parientes y amigos<sup>59</sup>. Lo que le condujo, de modo directo, a subrayar la importancia del testimonio dado por las familias en las que se viven las virtudes humanas y cristianas, de manera que, aun sin faltar problemas y dificultades, «la armonía que reina entre los padres se trasmite a los hijos, a la familia entera y a los ambientes todos que la acompañan»<sup>60</sup>.

quienes están llamados al matrimonio, citemos un pasaje de una homilía pronunciada ante un público numeroso y variado en 1967: «La oración contemplativa surgirá en vosotros cada vez que meditéis en esta realidad impresionante: algo tan material como mi cuerpo ha sido elegido por el Espíritu Santo para establecer su morada... ya no me pertenezco..., mi cuerpo y mi alma –mi ser entero– son de Dios... Y esta oración será rica en resultados prácticos, derivados de la gran consecuencia que el mismo Apóstol propone: *glorificad a Dios en vuestro cuerpo* (1 Co 6, 20)» (*Conversaciones*, n. 121). Ver también José ASENJO, «Contemplativos en medio del mundo», en *Un amor siempre joven*, cit., 351-357.

59. Así lo expresó en numerosas ocasiones. Citemos, a modo de ejemplo, su respuesta a una de las entrevistas concedidas en los años sesenta, en la que, sin dejar de mencionar diversas sobras de apostolado promovidas por fieles de la Prelatura, añade: «El fin del Opus Dei es hacer que muchas personas, en todo el mundo, sepan, en la teoría y en la práctica, que es posible santificar su tarea ordinaria, el trabajo de cada día; que es posible buscar la perfección cristiana en medio de la calle, sin abandonar la labor en la que el Señor ha querido llamarnos. Por eso, el apostolado más importante del Opus Dei es el que realizan individualmente sus socios, a través de su tarea profesional hecha con la mayor perfección humana –a pesar de mis errores personales y de los que cada uno pueda tener–, en todos los ambientes y en todos los países» (*Conversaciones*, n. 84).

60. *Es Cristo que pasa*, n. 30.

«Al pensar en los hogares cristianos –escribe San Josemaría en la homilía sobre el matrimonio– me gusta imaginarlos luminosos y alegres, como fue el de la Sagrada Familia. El mensaje de la Navidad resuena con toda fuerza: *Gloria a Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* (Lc 2, 14). *Que la paz de Cristo triunfe en vuestros corazones*, escribe el apóstol (Col 3, 15). La paz de sabernos amados por nuestro Padre Dios, incorporados a Cristo, protegidos por la Virgen Santa María, amparados por San José. Ésa es la gran luz que ilumina nuestras vidas y que, entre las dificultades y miserias personales, nos impulsa a proseguir adelante animosos. Cada hogar cristiano debería ser un remanso de serenidad, en el que, por encima de las pequeñas contradicciones diarias, se percibiera un cariño hondo y sincero, una tranquilidad profunda, fruto de una fe real y vivida»<sup>61</sup>.

Y en *Conversaciones*: «... pienso siempre con esperanza y con cariño en los hogares cristianos, en todas las familias que han brotado del sacramento del matrimonio, que son testimonios luminosos de ese gran misterio divino –*sacramentum magnum!* (Ef 5, 32), sacramento grande de la unión y del amor entre Cristo y su Iglesia»<sup>62</sup>.

En la primera de sus encíclicas, *Redemptor hominis*, Juan Pablo II señala que la Iglesia, en el desempeño de la misión que Cristo le ha confiado, debe fijar su mirada en el hombre, en sus necesidades y sus afanes, ya que el hombre «es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención»<sup>63</sup>. En la *Carta a las familias* que redactó en 1994, el Romano Pontífice vuelve sobre esa misma idea, para glosarla y concretarla. «La Iglesia –escribe– toma parte en los gozos y esperanzas, tristezas y angustias, del camino cotidiano de los hombres, profundamente persuadida de que ha sido Cristo mismo quien la conduce por estos senderos: es él quien ha confiado el hombre a la Iglesia; lo ha confiado como “camino” de su misión y de su ministerio». Y a continuación añade: «Entre los numerosos caminos, la familia es el primero y el más importante»<sup>64</sup>.

61. *Es Cristo que pasa*, n. 22.

62. *Conversaciones*, n. 91. Sobre esta temática ver Ana María ARAÚJO DE VANEGAS, «Hogares luminosos y alegres: La familia, cuna y custodia de la humanidad», en Euclides ESLAVA (ed.), *Vocación cristiana y llamada a la santidad*, Chía, Universidad de la Sabana, 2003, 47-69; Roberto BOSCA, «Luminosos y alegres. El pensamiento y la praxis sobre el matrimonio y la familia en el beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Un aporte a la espiritualidad del matrimonio cristiano», en *Un mensaje siempre actual*, cit., 327-339.

63. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, n. 15.

64. JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, 2.II.1994, nn. 1 y 2.

Lo es, en efecto, porque se trata de un camino que recorre todo hombre, que nace, de ordinario, en el seno de una familia y está orientado, también de ordinario, a constituir una familia en la que se transmita y comunique la vida. Los esposos cristianos deben ser conscientes no solo de que están llamados a santificarse santificando el propio hogar, sino también a ser apóstoles, y esto, de modo muy particular, partiendo de ese hogar que procuran santificar. Deben, en suma, «comprender la obra sobrenatural que implica la fundación de una familia», sea en orden a la propia santificación y a la educación de los hijos, sea, también e inseparablemente, en orden a «la irradiación cristiana en la sociedad»<sup>65</sup>. Y en consecuencia que –tanto a ellos como a las demás personas que integran la familia– les corresponde no solo vivir una honda aventura humana, sino también contribuir, en cuanto tal familia, al plan divino de salvación.

La familia ha sido calificada como «iglesia doméstica»<sup>66</sup>. Lo es, ante todo, porque, cuando sus miembros viven en conformidad con el espíritu cristiano, es ámbito en el que se aprenden, junto a la oración, «la paciencia y el gozo del trabajo, el amor fraterno, el perdón generoso, incluso reiterado»<sup>67</sup>. Pero, también e inseparablemente, porque, en la medida en que plasma de forma vital y concreta el ideal evangélico, contribuye a difundir, más allá de las fronteras del hogar, la fe y todo lo que la fe comporta, participando en la misión que Cristo ha conferido a la Iglesia en orden a dar testimonio ante el mundo entero de su persona y su mensaje. Y de esa forma, tanto por una razón como por la otra, se inserta, ocupando un lugar privilegiado, en la historia de la salvación.

65. *Conversaciones*, n. 91.

66. Así lo hace el Concilio Vaticano II (Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11), retomando una expresión antigua, pero posteriormente caída en desuso.

67. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1657.